

MAMERTO MENAPACE

**EL PASO Y
LA ESPERA**

SÉPTIMA EDICIÓN

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2003

A
Facundo Castilla,
Martín Aquino,
Matías Nahuel Altamirano,
para cuando sean grandes

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2003
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563
e.mail: ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 84-301-1192-1

Depósito legal: S.

Fotocomposición Rico Adrados S.L., Burgos

Impreso en España / UE

Imprime: Gráficas Varona S.A.

Polígono El Montalvo, Salamanca 2003

CONTENIDO

<i>Prólogo</i>	9
I. Cuando finaliza el verano	11
1. Atardecer	13
2. Bettina	17
3. El temor	19
4. La espera	21
5. Un pequeño cuento	27
6. Epílogo	29
II. Durante el invierno	31
7. La sorpresa	33
8. La partida	39
9. La sonrisa	43
10. La antorcha que se pasa	47
11. La familia	51
12. En recuerdo mío	55
13. La gracia	59
14. El hueco de ausencia	63
15. Un cuento	67
16. Epílogo	73
III. En tiempo de otoño	75
17. El duro camino	77
18. La dependencia	81

19. La impotencia	85
20. Concelebrando	89
21. Presidiendo	93
22. Epílogo	97
IV. Seis relatos	99
Ingeniero agrónomo	101
El poncho de Ovidio	107
La novia y la novicia	113
La indecisión	117
Osvaldo Catena. Recuerdos	119
Un poco tarde	127

PRÓLOGO

El prólogo es lo último que se escribe de un libro, pero está destinado a encabezarlo. Y es lógico. Esto se debe a que nadie conoce lo que será un libro, hasta que termina de escribirlo.

Exactamente pasa lo mismo con cada etapa de nuestra vida. El momento justo en el que uno sabe quién es el que se está gestando, es cuando se acaba de darlo a luz. Y de un hombre se puede hablar con verdad sólo cuando se lo ha velado.

Por eso siento un poco de pudor al entregarte este librito. Casi te rogaría que no lo leyeras. Porque es probable que no encuentres aquí lo que pensabas. No es un libro entretenido.

Pero si, a pesar de todo, quieres acompañarme, te pido que me creas lo que te cuento. Son tres experiencias fuertes que he vivido, y que me han hecho rumiar mucho.

Lo empecé a escribir en la ermita que nuestro monasterio tiene en pleno campo, en un atardecer del verano de 1989. Fue la primera parte. Yo aún no sabía que existirían las otras dos. Como tampoco sé lo que pueda suceder de aquí en adelante. Quizá tú y yo tengamos que añadirle aún otro capítulo. Y lo he terminado en esta madrugada de un frío y luminoso 2 de agosto de

1991¹, en la misma ermita donde lo empecé. Pero te aseguro que no todo lo que pertenece a este libro se encuentra en sus páginas.

Lo mejor está en tu corazón. Este librito sólo quiere hacértelo despertar. Si no lo logra, no será mía toda la culpa.

Probablemente sea fruto de la limitación de los dos.

1. En el hemisferio austral, pleno invierno, que empieza el 21 de junio. Mientras el verano va del 21 de diciembre al 21 de marzo.

Cuando finaliza el verano

1

Atardecer

El sol acaba de hundirse. Con él se va yendo de a poco la luz del atardecer de un día de viento sur.

Anoche llovió fuerte y hoy el nublado se fue aborregando, camino del norte, dejando de vez en cuando un trozo azul de cielo que se convierte en charco de luz sobre los pastos.

Ahora el cielo está prácticamente despejado y un cuarto de luna en preñez está ya a medio camino en la noche que empieza.

Los teros¹ se pasan el alerta de un punto a otro de los campos en sombra. Cuando la visión se achica, la palabra se agranda en intensidad y se concentra en contenido hasta hacerse mensaje, consigna, anuncio.

Lo cierto es que en este paso entre el día y la noche, la visión se reduce casi exclusivamente al cielo. La tierra está en sombras. De ella sólo nos llegan las voces de alerta. Presencias vivas que han quedado reducidas a mensajes. Lejano, palpita un tractor que está arando un potrero² apartado. De vez en cuando, al girar sobre sí

1. Ave que rarísimamente anda en bandadas. Cada yunta, o casal, tiene una especie de territorio, que defiende de todo intruso. Pero son solidarios en ayudarse a espantar las aves rapaces que consideran enemigas.

2. Parcela de campo cercada de alambrado para el pastaje del ganado o bien para sembrar dentro de su perímetro.

mismo en la punta de la melga³ sus ojos de luz brillan por un instante en la línea del horizonte, como si una estrella se hubiera detenido sobre los pastos. En la ruta distante, los autos y camiones han comprimido su presencia a un simple conjunto de puntos luminosos que parecen trasladarse lentamente en correcta fila.

He venido a la ermita por tres días para prepararme a las exigencias y celebraciones de la Semana santa. Necesito la soledad como punto de apoyo para la intensa comunión de los días próximos. Tal vez diría que necesito encontrarme con Dios a fin de no defraudar a mis hermanos.

Esta tarde leí lentamente el evangelio de san Juan hasta llegar al lavatorio de los pies. Celebré enseguida la misa en soledad, antes de cenar, viendo caer el sol por detrás de una fila de eucaliptos lejanos.

El viento se ha detenido también en alguna parte. Algo está por pasar. Se lo presiente con la intensidad que genera esta espera. Tal vez sea simplemente el paso del día a la noche.

No se trata de una ruptura, sino de una transición. Y sin embargo algo muere y algo nace dentro de una realidad que permanece. Muchas cosas serán totalmente distintas. Ciertos sentidos perderán su objeto, y otros comenzarán a tener toda su importancia. Diría que todo lo vivido durante el día nos ha ido preparando para participar en plenitud de esto que ahora empieza. Para quien no ha vivido el día, no existe la noche. Es la partida de la luz del sol la que nos entrega la visión de las estrellas. Sin recuerdo no hay esperanza. La ansiedad es

3. Faja de terreno.

simplemente el revés de la nostalgia. Quizá por eso, la pregunta sobre el futuro no sea:

—¿Habrá vida en el más allá?

Por el momento la única verdadera pregunta respecto al futuro es:

—¿Hay vida en el ahora? Esto que vivo, ¿vale la pena? ¿Es verdadera vida?

Al que ha vivido intensamente el día, la noche lo encuentra lleno de luz. Y en ella, de todos los recuerdos, que ya no están más como objetos fuera de uno mismo, sino que se los trae formando parte del propio ser. Nos llevamos noche adentro todo lo que hemos dado y amado en el día. Sólo se nos arrebatan las cosas a las que nos apegamos y no queremos entregar.